

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131
GIJÓN

LA MONEDA

(CUENTO ECONÓMICO)

Cuando una pertinaz sequía produjo en el pueblo del Robledal el hambre más espantosa, el cura párroco, que era un hombre caritativo en extremo, se decidió a pedir limosna de puerta en puerta para dar alimento a los infelices braceros. El acto de aquél sacerdote impresionó al vecindario profundamente, y muy pronto pudo ponerse en la casa parroquial una especie de rancho con el que por lo menos una vez al día satisfacían su voraz apetito una porción de desdichados trabajadores.

Algunos se negaron a prestar el más leve auxilio a la desgracia, y entre éstos figuraba uno que pasaba por ser hombre muy rico. Se llamaba D. Aniceto y poseía muy pocas tierras, que iba vendiendo poco a poco para alimentarse malamente y vestir como el último pobre de la comarca; pero la opinión le atribuía una fortuna grande en metálico y enterrada en el patio de su casa.

El cura le defendía de las públicas acusaciones de que era objeto; pero el hecho de negarse a dar un sólo céntimo para la comida de los braceros, hirió de tal modo el alma sencilla del buen párroco, que se propuso averiguar la verdad, y limpiar del pecado de la avaricia a aquél feligrés.

Cuando la calamidad pasó y la esperanza de una buena cosecha volvió la alegría al lugar, fué cuando el cura se decidió a dar el golpe, y una mañana, temprano, cuando D. Aniceto salía de Misa, le hizo entrar en la casa rectoral, y de la manera más cariñosa posible empezó a censurarle su avaricia, que debía ser grande, puesto que todo el mundo le atribuía un repleto gato.

Don Aniceto, creyendo que se trataba de pedirle dinero, juró y perjuró que no tenía un céntimo ahorrado; pero cuando por el curso de la conversación se convenció de que no se trataba de semejante cosa, y que aquella conferencia era una especie de confesión que llevaba aparejado el correspondiente secreto, se declaró sincero, y una vez que veía cerrado su bolsillo, abrió sin inconveniente su pecho.

Tenía dinero, mucho dinero enterrado en un lugar de su casa que a nadie diría jamás. Todo su tesoro se componía de monedas de plata, unas heredadas de su padre y otras producto de su ahorro. Guardaba

el dinero por si un día le hacía falta, y no daba a nadie un cuarto de limosna porque tampoco pensaba pedirlo él jamás, para lo cual conservaba y aumentaba su bolsa con exquisito cuidado. Y cuando hubo terminado su confesión cerró el período con esta frase:

—Y ahora hágame V. un sermón sobre la avaricia, que no me va V. a convencer.

El cura le escuchó asombrado, y las últimas palabras hirieron vivamente su amor propio como sacerdote. ¡No convencer él, que hablaba en nombre de principios incontestados y de verdades eternas! Contuvo el débil enojo, que su bondadoso carácter era capaz de sentir, y con la mayor calma replicó a D. Aniceto:

—No voy a hacer sermón ninguno, puesto que V. no quiere oírlo; al contrario, voy a que V. me explique cómo teniendo ese dinero no ha tratado de multiplicarlo.

D. Aniceto abrió unos ojazos terribles: no se trataba de pedirle nada, y por añadidura se le excitaba a aumentarle.

—¡Cómo! exclamó lleno de curiosidad.

—Pues comprando papel del Estado, dijo el cura, tendría V. el 4 por 100 más de ese dinero todos los años, y ya había algo para los pobres.

Don Aniceto soltó la carcajada. ¡Qué inocencia la del párroco! Eso ya lo sabía él de sobra, aunque fuera tan ignorante que apenas si podía deletrear un periódico; pero el papel baja a lo mejor, y luego viene una guerra y no se paga el cupón: jamás expondría su dinero a tales riesgos.

—¿Y en acciones del Banco Agrícola que se ha fundado en la capital? añadió el cura.

—Puede quebrar, contestó D. Aniceto.

—¿Y en tierras aquí mismo? Algo quedaría para los desvalidos.

—¡En tierras! Los años malos, la inundación, el granizo, todo eso se pierde en una hora. No se canse V.: lo más seguro es lo que yo hago. El metal siempre es metal; la plata siempre es plata.

El cura ya no supo qué argumentar, y como había prometido no hacer un sermón sobre la avaricia, varió de conversación; pero su pensamiento no se apartaba de la frase última de aquél hombre, y en su mente repetía aquellas palabras de que «la plata siempre era plata.»

Don Aniceto, cuando vió que la conversación se hacía indiferente, comprendió que había terminado su misión en la casa, y se despidió con una sonrisa burlona inspirada por el concepto de superioridad que de sí mismo había formado al ver lo victoriosamente que había rebatido las razones del cura.

Y en la puerta, éste no pudo contenerse y le dijo:

—Ya ve V. que nada digo contra la avaricia; pero la Providencia da lecciones a lo mejor, con los hechos, para que éstos puedan llegar a donde la palabra no alcance.

Don Aniceto no entendió estas frases y continuó sonriendo, y sin volver la cabeza siguió rápidamente a su casa para pasar revista a sus monedas.

—¡Qué tonto es, pensaba, este señor cura! ¡arriesgarse el dinero para que se reduzca a la mitad cuando menos se piense: ¡jamás! El único peligro sería el del robo, y en este pueblo no hay ladrones, a Dios gracias.

Y con estas reflexiones acompañaba el entretenimiento de apilar monedas, que casi todas eran duros, y que al deslizarse entre sus manos vibraban con el sonido más agradable que D. Aniceto había escuchado en toda su vida.

Don Aniceto, que sufría grandes estrecheces por no tocar al tesoro, había ido viviendo, como hemos dicho, del producto de las ventas de las pequeñas fincas que había heredado; pero este dinero llegó a su término, y fué preciso ir pensando en tocar a las monedas escondidas.

Esto ya lo tenía previsto D. Aniceto, y no le inquietaba ni poco ni mucho: no era de esos avaros que atesoran para dejar a sus sucesores una fortuna. Con las monedas guardadas tenía bastante para vivir él, aunque Dios le concediera larga existencia, en el momento en que se le acabase el producto de las ventas, cosa que le sucedería siendo ya viejo. No se engañó en su cálculo: perfectamente meditado y previsto su plan para vivir sin trabajar, le llegó el momento de gastar la plata heredada cuando ya estaba en los cincuenta años de su existencia.

El día en que había de inaugurar el gasto de lo ahorrado, tomó un duro de los que apilaba simétricamente todas las noches, y se dirigió a la panadería para cambiarlo.

—¡Pobre de mi, iba pensando, si sigo los consejos del cura! Si yo hubiera empleado este dinero en renta, tal vez lo hubiera perdido ya todo, o se me hubiera

quedado reducido a la mitad. Nada de negocios: la moneda contante y sonante ni se gasta, ni se la comen los ratones; está siempre viva y siempre con su valor. ¿Para qué querría el señor cura meterme en tales líos?

Con estas reflexiones llegó al horno donde compraba todos los días un panecillo, y dió en pago la reluciente moneda, mirándola con ojos cariñosos. El panadero cogió el duro, lo miró atentamente, lo hizo sonar contra el suelo, lo refregó entre sus dedos, trató de doblarlo con los dientes, y por último llamó a su mujer para que lo examinara.

D. Aniceto observaba todas estas operaciones lleno de sorpresa, y sin atreverse a preguntar la causa de tan minucioso examen. Por el pronto, atribuyó la ignorancia del panadero aquel escudriñar y aquel sobar la moneda tan insistentemente.

La mujer del panadero fué más breve en su juicio.

—¿De dónde ha sacado V. esto, D. Aniceto? dijo después de mirar el duro.

—¿Y a V. qué le importa? contestó ya impaciente el avaro. Ese ha salido de donde todos, de la Casa de la Moneda.

—Pues acuérdate, dijo la mujer a su marido, que en la feria de Medina, el año pasado, nos rechazaron uno igual cuando fuimos a comprar trigo.

—¿Pero creen Vds. que es falso? dijo D. Aniceto, lívido ante una contingencia en que jamás había pensado.

—Yo no lo sé, dijo el panadero, pero ésa tiene razón: nos rechazaron uno igual en todos los comercios de Medina. A los chicos se lo dimos para que jugasen, y ya lo deben haber perdido.

—Pero no sería como éste, replicó don Aniceto, furioso.

—Pues yo no me atrevo a tomarlo.

—Si llamo al juez lo tendréis que tomar a la fuerza, gritó D. Aniceto: para vender hay que entender la moneda.

La mujer del panadero, que era muy suelta de lengua, iba ya a hartar de desvergüenzas al avaro, cuando el marido, para que el asunto terminara en paz, propuso un expediente fácil y breve.

Don Aniceto compraba todos los días tabaco, y el estanquero era el único hombre del pueblo que entendía de monedas: lo mejor era que fueran ambos al estanco, y allí sabrían de cierto si el duro era bueno o falso.

Como no había otro camino que adoptar, D. Aniceto asintió a la propuesta, y ambos salieron con dirección al estanco. Por el camino propuso el ricacho que en vez de despertar sospechas en el estanquero preguntándole si la moneda era buena o mala, lo mejor sería que pidiese su cajetilla como todos los días, y pagase tranquilamente como si no se hubiera suscitado la menor duda sobre la pieza de plata.

Todo se verificó con arreglo al programa; pero apenas vió el duro el estanquero, dijo:

—Esta moneda no pasa.

—¿Lo ve V.? murmuró el panadero.

—¿Pero por qué? dijo con voz entrecortada D. Aniceto. ¿Es falso?

—Falso precisamente... no, contestó el estanquero: como plata, es plata.

Don Aniceto dió un suspiro de satisfacción, añadiendo:

—Y buena plata.

—Muy buena será, pero no pasa.

—Eso es una barbaridad, exclamó don Aniceto. Si es buena, ¿por qué no pasa?

El estanquero, sin exaltarse, explicó el caso: esta moneda estaba mandada recoger hacía muchos años; se habían dado prórrogas para hacer la operación, y se había cerrado ya hasta en la Casa de la Moneda el plazo para el canje.

Todo eso le pareció a D. Aniceto un cuento ridículo; pero su enojo subió de punto cuando el estanquero le ofreció dos pesetas por el duro, como valor intrínseco de la plata.

Aquello era un robo que se le proponía, y lleno de rabia fué a ver al juez municipal, al alcalde, paseando su duro por todo el pueblo, y recibiendo de todos la misma contestación:

—¡Eso ya no pasa!

Don Aniceto creyó en un complot para arruinarle, y como uno de los que había consultado le había dicho que tal vez en la Delegación de Hacienda se lo tomasen, al día siguiente muy tempranito salió para la capital de la provincia, que distaba seis kilómetros del pueblo. Allí confirmó su desgracia: hacía muchos años que la moneda había sido recogida; no pasaba en ninguna parte, y su único consuelo fué que un platero le ofreció nueve reales, uno más que el estanquero de su pueblo.

Difícil es pintar cómo volvió D. Aniceto a su pueblo aquella noche: pálido, casi febril llegó a su casa, abrumado por la que era para él la más horrible de las desgracias. En su tosco cerebro no entraba la razón que pudiera disminuir de tal modo el valor de la plata. Llorando amargamente examinó una por una todas las monedas: la mayoría eran iguales a la que había pretendido cambiar; muy pocas tenían cuño diferente.

Aquella noche la pasó en vela; no podía dar crédito a una cosa que le reducía tan brutalmente su tesoro: todo el mundo debía estar equivocado, y en cuanto amaneciese iría a ver al señor cura, la única persona decente que había en el pueblo: a él, que era el poseedor de su secreto, le contaría sus cuitas y le expondría de qué manera parecían haberse puesto de acuerdo muchas personas para arruinarle. Apenas en la iglesia sonó la primera campanada del alba, cuando D. Aniceto se echó a la calle e hizo despertar al cura, que todavía se hallaba en el lecho. Allí junto a la cama y como quien confiesa un pecado grave, refirió lo que ocurría, calificando de ladrones a todos los seres humanos, y exponiendo con cifras exactas la cantidad que según él le robaban.

El cura, con tono dulce, le repitió lo que todos le habían dicho, y trató de calmar su furia: no se trataba de ladrones ni de robo: los Gobiernos varían el cuño y la división de la moneda por una porción de razones que eran largas de explicar, pero daban plazos para el canje, y nadie tenía la culpa de que los ciudadanos, por ocultar su dinero, dejasen pasar los plazos y guardasen la moneda antigua enterrada; la plata subía o bajaba de valor como todas las cosas.

—¡Si lo hubiera tenido en oro!

—El oro puede bajar también.

—Pero entonces, preguntó D. Aniceto, ¿en este mundo no hay una moneda de valor seguro para poder vivir?

—Yo conozco dos.

—¿Cuáles? contestó D. Aniceto poniéndose en pié, como si fuera a buscarlas en cuanto le diesen noticia de ellas.

Para esta vida, el trabajo; para la otra, la caridad.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR.

EL CATECISMO Y LA GUERRA

—Vamos, Angel, a concluir las lecciones; aún te falta por dar el Catecismo...

Angel, sin responder, miraba fijamente a un rincón oscuro del cuarto. La contracción de su carita, la inmovilidad de sus ojos, de un azul fluido y transparente, delataban una de esas luchas con ideas superiores a la edad, que debastan y maduran a la vez el tierno cerebro de los niños.

—Mamá—respondió por fin muy despacio, como si hablase en sueños—¿y el tío Alejandro, no viene nunca?

La madre se estremeció. El recuerdo del hermano que estaba en la guerra con su regimiento la asaltaba también a Rosario muchas veces en medio de su ventura doméstica, y se la envenenaba con el temor de que a la misma hora que ella descansaba entre limpias sábanas, pudiese Alejandro yacer cara al sol, con el pecho taladrado y las pupilas vidriadas para siempre.

—¿No viene nunca tío Alejandro, mamá?—repitió el chico con ese tono infantil que anuncia llanto.

—Vendrá si Dios quiere, hijo mío,—respondió la madre con ronca voz, apretando contra el seno a la criatura.

—¿Cuándo vendrá? Papá ¿cuándo? ¿Vendrá esta semana, dí?

—No sé, querido,—exclamó el padre.

—A ver, la cartilla. Que es tarde, muñeco.

—¿Pero cuándo? papá. ¿Por qué no lo sabes tú?

—Porque hasta que se acabe la guerra, mi cielo... hasta que se acabe, tío Alejandro no puede venir.

Los ojos de turquesa del niño se oscurecieron a fuerza de concentración y de heroico trabajo para entender.

—¿Cómo es la guerra?—exclamó por último.

—Pelear unos contra otros, a ver quién gana.

—¿Los buenos con los malos, papá?

—Sí; los buenos con los malos.

—Tío Alejandro es bueno—declaró Angel. ¿Y cómo pelean?

—Con fusiles, con espadas, con cañones.

—Me has de llevar, papá. Me has de llevar.

—¡Pobrecito!—suspiró Carlos—La guerra no es para chiquillos.

—¿Es para hombres grandes?

—Sí.

—¿Y entonces, por qué no estás tú en la guerra? Tú eres grande, grande.

—Porque no soy militar—dijo el padre contrariado, algo mortificado, como si aquellas palabras no las hubiese articulado una lengua de seis años, y hablando para convencer.—Tío Alejandro es militar; ya sabes que vino a enseñarte el uniforme. Los militares estudian para eso, para defender a la patria...

—La patria...—repitió el niño, impresionado por el tono enfático y grave con que Carlos pronunció la palabra. La patria... ¿es aquí?

—Aquí ¿dónde?

—En nuestra casita.

No... es decir, si... nuestra casa está en la patria, pero la patria es mucho más... son todas las casas que ves en el pueblo y en otros pueblos; ¡tantos, tantos! Y es además la tierra, y los bosques, y las aldeas, y todo...

—¿Y las iglesias también?—murmuró Angel con el tono con que decía sus oraciones al acostarse.

—También.

—¿Y la Virgen? ¿Mamá del cielo?

—También la Virgen; sí, mamá del cielo es la patria.

—¿Y tío Alejandro quiere a la patria?

Ya ves—interrumpió Rosario sin ocultar la emoción que empañaba sus ojos.

—El pobre tío la quiere mucho. Como que se expone a que le den un tiro y a morirse así, de pronto. Ya ves tú. Reza, hijo mío, reza para que no maten al tío.

El niño calló, reflexionando laboriosa, casi dolorosamente.

—¿Y los que no van a la guerra no mueren nunca?—preguntó al fin, siguiendo el hilo de su temprana lógica.

—También mueren.

—Entonces quiero ir a la guerra cuando sea grande—declaró con energía el pequeño—Y quiero que tú vayas, papá. Al fin, hemos de morir, ¿no? Pues morir por eso... por eso... Por mamá del cielo, ¡por la patria!

Un silencio siguió a las palabras del niño. Los padres se miraban, mudos, penetrados de un respeto extraño, como si la voz del inocente viniese de otras regiones, de más arriba. Y al cabo de unos instantes, Carlos dijo a su mujer:

—Acuéstale. Son las diez largas.

—¿Y la lección de Catecismo?

—Hoy ya la ha dado,—respondió el padre besando a su hijo con ardor sobre el nacimiento de la rubia melena.

E. P. B.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—«Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.»

Y les dijo Jesús:—Cuando oreis decid:

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

Y de sus labios salió la oración más completa que pudieron oír los humanos.

El mismo Jesús de Nazaret, nos recomendó la oración. Y El mismo, también, oraba con frecuencia para comunicarse con el Eterno Padre.

Sus discípulos envidiaron su oración y por eso le pidieron que les enseñase a orar.

La oración ponía en comunicación directa a los hombres con Dios para pedirle alguna gracia o agradecerle algún beneficio.

El género humano acababa de aprender el gran medio para hablar con el autor de cielo y tierra.

«Pedid y recibireis». Si en ningún momento nos dirigimos a Dios para pedir sean atendidas nuestras necesidades y vivimos olvidados de quién es nuestro principio y nuestro fin, ¿cómo hemos de quejarnos del abandono en que nos encontramos?

En nuestra vida, pocas veces lograremos lo que deseamos si no manifestamos deseos de alcanzarlo, pidiéndolo en la forma que nos parezca más conveniente y es entonces cuando el favor nos es concedido. Lo mismo en nuestra vida espiritual hemos de elevar nuestra petición constantemente al cielo con el fin de conseguir lo que pretendemos se nos conceda espontáneamente sin pedirlo primero.

Dios, está pendiente siempre de cada uno de nosotros. Se complace con nuestras peticiones. Su corazón, fácil a la misericordia y al amor, encuentra una gran alegría al escuchar de nuestros labios la oración apasionada que ha brotado de nuestro corazón. Una vez será reclamando para nosotros o para nuestros hijos, el pan nuestro de cada día, otras pediremos que venga a nos su glorioso reino o clamaremos porque El nos libre de caer en la tentación que nos acecha de continuo.

También subirán a los cielos nuestras oraciones para ofrecerle nuestra sumisión ante su Voluntad sagrada, aunque nuestro corazón aprisionado por la pena haga subir a nuestros ojos las lágrimas del dolor.

Estos sacrificios que el hombre ofrece resignadamente a su Dios, habrán de ser bien recibidos por quien comprende mejor que nosotros lo que más conviene a nuestra alma.

Con gran alegría escuchará nuestro Padre la petición de perdón para aquellos que nos han agraviado o hecho mal, y con qué complacencia entonces perdonará El nuestras deudas oyendo nuestro arrepentimiento y nuestra fé.

Esa es la oración. La petición constante a Dios de nuestros deseos y el agradecimiento de los beneficios recibidos.

Esta comunicación directa con Cristo, nos dará fuerzas en la vida y gran consuelo en nuestras necesidades. El, ha escuchado nuestra oración y El no abandona a quienes reclaman su ayuda. Después... El hará lo que sea más conveniente, que nadie más que Dios sabe de nuestras necesidades y de los medios que necesitamos para cumplir la gran misión que hemos traído a este mundo.

Podrán parecer absurdas sus decisiones; pero es muy posible que el tiempo nos hará comprender lo acertado de una contrariedad que vino a truncar nuestros ambiciosos deseos.

Oremos. Pidamos a Dios cuanto creamos sea para nuestro provecho. Comuniquémonos con El por medio de la oración. El nos escucha siempre y no habrá de dejar abandonada ninguna de nuestras peticiones si así conviene para la salvación de nuestra alma.

Si El nos contraría... oremos igual diciéndole: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

...Y Jesús les decía: «Si a un padre de vosotros pide pan su hijo ¿acaso le daría una piedra?; y si le pide un pez, ¿le daría acaso una serpiente?... Si vosotros dais a vues-

tros hijos buenas cosas ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?...

Porque todo el que pide recibe y el que busca halla, y el que llama se le abre.»

R.

El Carmen y la Marina Española

Cánticos de amor divino, de gracias y de consuelo, parten del Monte Carmelo y por hermoso camino llegan resonando al Cielo.

El eco de ese cantar devuelve el Cielo amoroso; bajando, llega a sonar con sonido melodioso en las alturas del mar.

Esta es la causa que explica como en airosa cabriola recoge el eco una ola y con frenesí salpica a la Marina Española.

Y el marino, con fé y celo, empapado el corazón en agua y notas de cielo, canta con el mismo son que canta el Monte Carmelo.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Comentando

CARROZAS

No querido lector; no. No es eso que tú piensas lo que voy a decir. Mis carrozas de hoy, no son las que tú piensas y yo tengo para mis asuntos particulares. La carroza es, con la corona, un símbolo de grandeza. Las que tú piensas y yo tengo, más significan derrota que otra cosa. Filosofea, y te convencerás de esto que te digo.

Voy a hablar sobre carrozas. Suntuosas carrozas de poder y de gloria que este mundo admira cada vez más, y cada vez con más asombro, porque cada vez más escasean. La carroza es símbolo de reyes. Nuestros monarcas, salían en ocasiones de extrema solemnidad en sus carrozas. Cuando SS. MM. asomaban en las calles con ese lujo y ese boato, las gentes, impresionadas, sabían que algo de extraordinaria majestad pasaba. Se admiraba de la prestancia de sus palafreneros y lacayos, vestidos con pompa y gala, y se extasiaba al andar rítmico de los magníficos caballos enjaezados con realeza y gusto. Entonces, sentían la verdadera majestad de los Reyes. La pompa exterior, era una garantía aparente de su personalidad. Se olvidaban de todo, y sólo veían a través del entusiasmo provocado por la magnífica visión. Decían que el hábito no hace el monje, pero en realidad no lo creían así.

Muchos que quisieron ser grandes y que lograron serlo a la vista del mundo, quisieron copiar esta majestad, y tuvieron también sus carrozas. Ya se creían tan grandes como reyes. Vanitas vanitatis. Mucha pompa, pero fofa. Con actos de poder se ganan carrozas que conducen a la gloria imperecedera de la Eternidad.

Dejemos pasar ante nuestros ojos las carrozas de la gloria mundana, y sonriamos ante tamaña grandeza. Todo pasa, porque es ceniza y humo. El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. Examinad quienes van en esas carrozas, y veréis en la mayoría de los casos, que van privilegiados de la fortuna y de la riqueza; hijos mimados de la suerte; audaces conquistadores sin escrúpulo, casi salteadores de caminos. No hallaréis en ellas a los que por sus méritos las pudieron tener.

Las carrozas de la nobleza, como sus coronas, se ganaban en nobles guerras. El gran Capitán de hoy, nos da el ejemplo cristiano, habiendo ganado la guerra más

noble de nuestra Historia, desprecia estas grandezas y quiere conquistarnos con razones y verdades más que con oropes y bambollas.

La época actual, más prosaica y positivista que ninguna otra, nos da este alto ejemplo. Admiramos esta modestia que desde arriba nos viene, y dejemos para los soberbios que piensen en carrozas... quizás para disfrutar la carroza de la derrota que a última hora les puedo ofrecer yo que tan poca cosa soy.

HERO

Materiales de Saneamiento y Construcción

Arbués

Cuartos de baño, cocinas, etc.



Alvarez Garaya, 25 - Teléf. 1230

GIJON

Solución al Jeroglífico n.º 36, por Morán:

«MISISIPI»

Jeroglífico núm. 37, por Morán:

NOTAS
NA
NOTA
ATON

¿Cómo piensas jugar el partido?

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones
RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON

César A. Prieto PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115
GIJON

JRS Ornamentación Religiosa Artística
Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen) VALENCIA

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)